

Inventario de saldos: Una lectura canónica¹

Tras el aparente cinismo del comienzo de su introducción, gesto del autor cuando manifiesta su excentricidad: escribir un libro para ganar dinero y mejorar su voluntad de estilo, se esconde una conmovedora pasión por el conocimiento. Porque es un conocimiento melancólico. “Nosotros, los hombres sin patria”, podría decir junto a Nietzsche, o a Harold Bloom, quien, citando al filósofo de Sils María y para describir su *pathos* crítico, escribe: “Sólo encontramos palabras para lo que ya está muerto en nuestros corazones”. Y entonces el escritor sin patria escribe los ensayos que acaso deberían escucharse en un ágora inexistente. Con un vértigo salvaje su mirada convoca las mentes esenciales de una fantasmal república de las letras: Martí, Casal, Lezama, Virgilio y Carpentier. De alguna manera, piensa desde ellas. Es como decir: hace falta borrar la patria física, la patria a que nos condenó nuestro nacimiento, con su paraíso y su infierno, para acceder a otra patria, la desconocida, ese limbo desde donde una mente siempre en vilo puede intentar recrear con su memoria creadora el sentido perdurable de una tradición (una estirpe, in linaje que, después de todo deviene también una fatalidad). Sentido algo huidizo, huraño, dañado tanto como el escriba absorto que se impone un ascetismo de la memoria y se convierte en un lector atento –lúcido y melancólico- a las señales de un planeta desconocido: el canon cubano. Porque ese es su tema predilecto: el canon o arte de la lectura, o de la relectura, acotaría Bloom, como buen discípulo de Borges.

Imaginemos ahora a otro ávido lector: el joven Lezama, fatigando los húmedos muros del Castillo de la Fuerza donde se encerraba una biblioteca. Ese Lezama que atormentó a Virgilio con su fuerza y su intensidad descomunales. Esa mente que Virgilio intentó descifrar en su ensayo “Opciones de Lezama”², acaso para sesgadamente exponer su propia tragedia a través de la de su antagonista predilecto. Ante el avance del bosque sombrío, el tenebroso valle de Proserpina –diría Lezama-, la muerte, sentida en plena juventud con un erotismo y una morbosidad casi obscena, el autor de *Paradiso* nos regala una importante clave en un capítulo de su novela, cuando su *alter ego*, el resurrecto Oppiano Licario, teme que su solitario y desmesurado afán de conocimiento

¹ Ernesto Hernández Busto. *Inventario de saldos. Apuntes sobre literatura cubana*. Madrid, Editorial Colibrí, Colección Literatura, 2005, pp. 189.

² Virgilio Piñera. *Poesía y crítica*. Selección y prólogo de Antón Arrufat. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

no se corresponda con eso que Fina García Marruz llamó *el decoro de una ambición*³. Muchos años después, ya escrito *Paradiso*, le preguntará a Cintio con un verso memorable: “¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?”, antes de concluir, melancólicamente: “Se nos fue la vida hipostasiando, / haciendo con los dioses un verano”. Habrá que recordar que Lezama pensó titular a la continuación de *Paradiso*, *Inferno*. Y que el católico órfico que siempre fue, al decir de María Zambrano, había confesado ante la inminente publicación de su primera gran novela, no sin cierta ironía: “Ahora van a ver el paraíso en que hemos vivido”. Virgilio, su antagonista, una vez que el peso de la Historia, o de una historia apócrifa, los avasalló, pudo escribir también con equivalente dignidad: “Así como en la vida, fue tu suerte, llegar primero, yo, en segundo lugar”. Por eso se comprende esa ironía en la ambición lezamiana: “Va siendo hora de que todos nos empeñemos en una Economía Astronómica, en una Meteorología habanera para uso de descarriados y poetas, en una Teleología Insular, en algo de veras grande y nutridor”. Y su decoro, o su miedo, en el pasaje donde Oppiano Licario es entrevistado por su madre en el momento tembloroso de una encrucijada atroz: la madre teme que si toda esa perfección, esa lucidez, ese conocimiento no encarnan en un sentido final, una Obra, que, como el cubrefuego de la *imago*, dote retrospectivamente de sentido trascendente a su vida, su hijo termine con “una locura benévola o un entontamiento de aciertos mágicos, inencontrables, irreconstruibles...”, o como “un energúmeno que aúlla inconexas sentencias zoroástricas, o un cándido embaucador que regala astillas de la Tabla de Esmeraldas de los egipcios”, o “un niño”, “un excéntrico candoroso”, “una víctima de la alta cultura”, “un Aladino de la filología”, en fin, un loco, un redivivo Quijote insular.

He hecho hincapié en estos pasajes para llamar la atención sobre la importancia que tiene la lucha, la agonía por configurar un destino canónico, y que ha sido tan soslayada por la crítica cubana. Y decía que el tema esencial de estos ensayos de Ernesto Hernández Busto es el canon cubano. Pero reparemos en que, a diferencia de Roberto González Echevarría o Rafael Rojas, ese canon pasa por la perspectiva agonista de la angustia o ansiedad de las influencias, como es la proposición central de Bloom. En un ensayo que publiqué en Cuba, casi a manera de despedida, “Notas sobre el canon. Introducción a un texto infinito sobre el canon cubano”, además de exponer las tesis

³ F. G. M. “La poesía es un caracol nocturno”. En su *Ensayos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2003.

fundamentales de Bloom, me detenía en algunos momentos cruciales del canon poético cubano. Vuelven entonces las sombras y las parejas turbadoras de Casal y Martí, de Lezama y Virgilio. Acaso tendremos que convivir siempre con esos fantasmas.

Una de las virtudes de este libro de ensayos es precisamente que trata de conversar con o comprender directamente esas poderosas mentes. Son como nuestros shakespeares insulares. Acaso el más controvertido, Casal. Y digo esto porque todo el mundo conviene de una u otra manera en que la importancia de Casal no se corresponde con la calidad intrínseca de su obra escrita. Y sin embargo, fue el *querubín protector* para los modernistas cubanos: los Borrero y los Urhbach. Su sombra pesa en toda la poesía cubana posterior, no con la grandilocuencia de Martí, pero sí con la invisible, secreta persistencia de la poesía. Ya no es su obra incluso, sino su mito, su gesto, su ademán. “Respiro a Casal”, dice Fina García Marruz. Todo poeta, en el centro desolado y terrible de su persona, se encuentra con Casal. Lezama, incluso, se defiende a través de Casal, en su famosa oda... Raúl Hernández Novás quiere unirlo en una ensoñación poética con Martí como para entonces acceder al verdadero rostro de la patria, suerte de reparación –justicia poética– de lo que no ha sucedido nunca. Y Fina, ante el suicidio de Hernández Novás, llega a decir: “El era otra vez Casal”. Sin poder agotar este desmesurado tema, creo que Hernández Busto se aproxima a una de las claves de esa misteriosa persistencia de Casal en el imaginario insular: Casal como síntoma profundo de la frustración cubana. No hay otro mito más sombrío pero acaso por eso mismo más atractivo. Mito trágico, si los hay, donde todos terminamos por reconocernos. Casal es casi una percepción naturalista, un personaje de Zola. Casal es nuestra realidad (o irrealdad, da lo mismo) radical, Martí, en cambio, es como el delirio de un estado inalcanzable. Ante Martí sentimos vergüenza de ser. Con Casal somos cómplices, porque podemos repetir la desolada conclusión de Borges: “*And yet, and yet* (...) El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges”. Fijémonos cómo en *La expresión americana*, de Lezama, Martí parece como un personaje novelesco, una invención lezamiana. Es también un mito, es cierto, pero en las antípodas de Casal. Como Virgilio parece a veces el reverso necesario de Lezama, su caos secreto.

Uno de los textos más asombrosos de este libro es “Hotel Vedado”, como ejemplo de una recreación imaginaria de La Habana de los años treinta, el diálogo de Lezama y Juan Ramón Jiménez. El autor explica que es el fragmento de una proyectada biografía

de Lezama. Xenobia Camprubí, malhumorada, como en una trampa tropical, parece un personaje de una novela de Virgilio. Por cierto, este ensayo aborda uno de los textos esenciales del siglo XX cubano: el *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, donde Lezama explaya su mito de la insularidad. Es muy interesante la aparente dicotomía entre la imagen del poeta insular, o de litoral, portador de un sentimiento de lontananza, y el consejo del poeta andaluz, de que un poeta isleño debe vivir hacia dentro. Sobre esto ya escribí un largo ensayo⁴. Pero lo que ahora quiero es llamar la atención de Ernesto sobre otro texto de Juan Ramón, “Estado poético cubano”, escrito en Cuba en 1937, que pudiera ser la fuente de una parte importante de los diálogos que recreó Lezama, y que recoge Cintio en su compilación *Juan Ramón Jiménez en Cuba*.⁵ Asimismo, pude acceder recientemente en Cuba a unas cartas inéditas de María Zambrano a José Rodríguez Feo⁶, justo en el momento de la disolución de *Orígenes*. Las duras palabras de María para con Juan Ramón pueden enriquecer esa futura biografía de Lezama y aclarar aún más uno de los momentos claves de la cultura cubana, a la vez que contribuir a valorar el controvertido talante polémico de Juan Ramón dentro de la poesía española.

Regreso ahora al texto “A modo de introducción”, que vale por un ensayo más. Su testimonio sobre la recepción de Orígenes por parte de la llamada “generación de los 80” es muy significativo. A mi parecer ilustra el momento más importante de la literatura en la época de la Revolución y, con respecto a Orígenes, después de *Ciclón* y *Lunes de Revolución*, el *desvío* creador más fecundo de la poesía cubana del siglo XX. Dice el autor: “No fue el Estado sino un estado, una nueva generación de escritores, la que reencontró un sentido para Lezama y *Orígenes* dentro de la tradición literaria cubana. Después de muchos años de silencio, ese grupo de poetas consiguió redescubrir a Lezama en un medio tan hostil como aquella República de los *origenistas*”. Las consecuencias creadoras de ese desvío aún perduran en la cultura cubana y de cierta forma caracterizan a la actual hornada de poetas cubanos, dentro y fuera de Cuba.

⁴ J. L. A. “María Zambrano o la isla como utopía”. En su *La palabra perdida. Ensayos sobre poesía y pensamiento poético*. La Habana, Ediciones Unión, 2004.

⁵ Cintio Vitier, ed.. *Juan Ramón Jiménez en Cuba*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1981.

⁶ María Zambrano. “Cartas a José Rodríguez Feo”, en *Unión*. La Habana, 53, 2004, y “María Zambrano ante el cisma de *Orígenes*. Cartas a José Rodríguez Feo”, en *República de las Letras*, Madrid, 84 y 85, 2004.

Ahora bien, el ensayista lamenta, con razón, la oficialización y la manipulación posterior de Lezama, y sobre este tema tan polémico, y que no pretendo agotar aquí, quisiera hacer algunas consideraciones. Que la revolución haya convertido el “ansia de Paraíso” que está en la raíz de toda construcción mitopoética (yo diría que incluso en todo acto de escritura) –ansia de Paraíso, o nostalgia de un futuro que encubre la profecía de un pasado- en “mala política”, como afirma atinadamente el ensayista, o la apuesta trascendente por una “pobreza irradiante” en una miseria frustrante, agrego yo, ha sido, sin duda, terrible, pero no sustituye el hecho primordial que se deriva de toda percepción de lo real –y que todo creador padece de alguna manera-: que la realidad es *insuficiente*. Incluso, cuando se hace la alabanza de la realidad, del *lleno*, de la suntuosidad de la naturaleza, el poderoso deslumbramiento de raíz sagrada que sentimos, contrasta inmediatamente con un *vacío*, algo menesteroso (“las bellezas del físico mundo, los horrores del mundo moral”, decía Heredia), lo que nos indica enseguida que ese *horror vacui*, ese vacío, esa pobreza o miseria, están en nosotros mismos. La revolución, que trató de erigirse en una suerte de segunda, si no primera naturaleza, apuró entonces, simbólicamente, su fin, porque perdió, a pesar suyo, su sustancia utópica, imaginaria legítimas para sustituirla por una ilusoria encarnación del Paraíso. De ahí que confundir esa futura encarnación de la poesía en la historia, que profetizaba Lezama dentro de las coordenadas de su sistema poético del mundo, con la revolución sea la paradójica negación de la propia poesía. Pues ¿cómo vivir en el infierno y escuchar que vivimos en el paraíso? La pobreza irradiante –¿se equivocó Lezama?-, ese su anhelo legítimo, era algo *anterior* a la revolución, y no por haber sido fruto de una conquista sino como consecuencia y como resistencia a un medio hostil y a una realidad frustrante, y sin duda le será también *posterior*, pues no se derivaba de otra cosa que del impulso incontenible que hay en toda percepción de lo real por transfigurar la realidad: anhelo de regresar al origen paradisíaco (lo digo en clave origenista) o de aguardar en el futuro su resurrección (ansia de Paraíso), movimiento o estado del espíritu que solo puede fundarse desde el vacío, desde una oquedad, una pobreza, una menesterosidad radicales, metafísicas. “Todo hombre es un pordiosero”, decía León Bloy.

Como bien sabe Ernesto, que gusta tanto de sorprender los equívocos, los malentendidos de las historias individuales o colectivas, habrá siempre que recordar con Bloom la plenitud posible que engendra el desvío o la mala lectura cuando son creadoras. Por ejemplo, el desvío de la mala lectura que hizo en un momento

determinado Lezama de la revolución, para no hablar de otras que se continúan haciendo todavía, posibilitó que una buena parte de esa llamada generación de los 80 encontrara a la postre su propio camino creador, y no exactamente *olvidando* a Orígenes, o sí, pero con el sentido de un *olvido* incorporador, germinativo e independiente. Vistas las cosas desde esta perspectiva, acaso esa *aporía* lezamiana de la revolución como la última de su eras imaginarias, como el alba de una era poética, etc, deba comprenderse dentro de la vocación profética de su sistema poético. Ya sabemos que el propio Lezama no vivió en ningún paraíso en la revolución, y sus testimonios, en innumerables cartas, son más que concluyentes al respecto. Baste uno solo. En una carta fechada en 1963, le escribe Lezama a su amigo Carlos M. Luis: “Nuestro ambiente intelectual está más pobre que nunca. Se ha puesto de moda el *Virtuosismo*, libritos, cositas, yo confesional, intento de himnos babosos, todo acompañado de trompetas propagandistas. La gentuza piensa en publicar, no en hacer; cuando hacen, no crean. Si crean es un homúnculo de algodón”⁷. ¿Acaso se esboza aquí una radiografía de la generación del 50 o primera de la Revolución? Y si incluso algún día se reconoce que a partir de la generación de los 80 se vivió en la poesía cubana una auténtica resurrección, un alba poética, etc, ello no sería tampoco confirmación, esta vez no a priori sino a posteriori, de la profecía lezamiana, sino que respondería a los avatares propios de una tradición literaria, pues igual que Orígenes levantó un estado poético frente a la hostilidad de la república, ahora esos poetas han erigido otro estado poético frente a la hostilidad de la revolución. Parece como si estuviéramos siempre condenados a sufrir y a imaginar -y cito a Ernesto Hernández Busto- esa “compensación mitopoética de nuestra ingravidez como nación”, de la que no se libró ni siquiera Virgilio o Lorenzo García Vega.

Bueno, me pierdo, me pierdo, en lo que podrían ser infinitas divagaciones, pero de esto es de lo que debe tratar el conocimiento. De ahí el gusto, el placer incomparable que me ha deparado este libro de Ernesto Hernández Busto. Su ensayo sobre Lezama, por ejemplo, su evocación de *la llave perdida*, que recuerda el texto de Ponte sobre el libro perdido de los origenistas. Repárese en que hemos pasado en dos décadas, ay, tan rápidas, de la cosmovisión de Lezama (de la otra, la llamada conversacional mejor no hablar, pues ni siquiera puede hablarse en ella de una cosmovisión) a la de Virgilio. El propio Lezama, al final de su vida, vive y escribe hasta cierto punto en clave de Virgilio.

⁷ José Lezama Lima. *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*. Madrid, Ed. Berbum, 1998, p. 323.

¿Se cumplió la profecía de Virgilio: el flaco se comió al gordo? Las cosas no son tan sencillas, ya se sabe. Fue, como decía Lezama, “el destino terrible de los atridas”, y la vivencia de una Historia sombría, más la fidelidad insobornable a una escritura, lo que terminó por volverlos creadores en cierta forma equivalentes.

Confieso que este libro de Hernández Busto me ha reconciliado con muchos de mis temas predilectos, que creía acaso carentes de significación. Al leerlo, era como conversar de nuevo, en Cuba, con Ponte, con Fowler, con Enrique Saíenz. No está de más recordar que a quienes íbamos a asistir a un Coloquio de Yale sobre el canon cubano no nos dejaron salir de Cuba, y sin ninguna explicación. Sí, era de nuevo, y como siempre, “el manotazo de plomo”, como dijera Lezama a propósito de Zenea. Por eso me empeñé, luego, en hacer un coloquio sobre el canon cubano, en Cuba. “Inútil, todo inútil”, como dijera un personaje poético de Baquero. Y este libro me devuelve esa esperanza extraviada. Sí, parece que el conocimiento es posible, sí, parece que los fantasmas dialogan todavía, así sea, como quiere Hernández Busto, en un país imaginario, una patria secreta, como unos hiperbóreos socráticos.

Finalmente quiero llamar la atención sobre la lista canónica que ofrece Ernesto Hernández Busto. Regresamos al canon. No es un juego. Y lo es. Pero es un juego lúcido, donde no se imponen simplemente los gustos personales. Detrás de esa lista hay un profundo pensamiento, una honda lectura de la tradición literaria cubana de la revolución. Coincido con el crítico en casi un noventa por ciento de su propuesta. Esta confluencia no debe ser azarosa. También se debate sobre el canon en el anexo donde se reproduce la polémica de Rafael Rojas y Hernández Busto sobre el problema racial en Cuba, pero que termina convirtiéndose en una polémica sobre el canon. No es momento ni lugar para que yo tercie en ella, pero sí digo como simple lector que mis preferencias se inclinan hacia la posición de Hernández Busto, más cercana a la teoría estética y agonística de Bloom. La última y tercera zona del libro, “De una vida dañada”, que recoge tres ensayos: “Entre difuntos”, “Epístola moral a un revolucionario zen” y “Recuerdos (cubanos) de una vida dañada”, es la más confesional, la más cercana también a un tipo de ensayo, de antigua estirpe, que ya no se suele escribir. Al releer el segundo de estos ensayos recordaba la carta que escribe Cioran desde París a un colega suyo en Rumanía, y que publica a modo de introducción en su libro *Historia y utopía*. Son el tipo de textos que agradece un lector común, un escritor incluso, más que un

académico. El tercero es mi preferido. Creo que este ensayo se constituye desde ya en un referente ineludible para algún día tratar de reconstruir y comprender una importante zona del pensamiento cubano de fin de siglo.

Pero aquí me detengo, pues aunque acaso sea a partir de este ensayo que pudiera explayar más ideas y sentimientos, mi experiencia del exilio *externo* es bien breve. Pero advierto que estos textos, presididos por *Mnemosyne*, se mueven dentro de una intensidad intelectual y una experiencia vital poco frecuentes, y que le otorgan a su prosa una temperatura muy singular, esa que se advierte, por ejemplo, en el final de su introducción, donde el autor nos dice: “La melancolía, ya lo sabemos desde aquel opúsculo de Aristóteles, es una desmesura al revés, una consciente vigilancia que nos mantiene a salvo de las tentaciones de la utopía”.

Madrid, 11 de mayo, 2005